



Miguel de Unamuno (1864-1936)

Los elementos medievales en la poesía de Unamuno, como pudimos comprobar en el primer volumen de estas antologías, son ya patentes en su primer libro de 1907, *Poesías*, muy marcado por su activa participación en la Institución Libre de Enseñanza (Jongh-Rossel, 1986). Posteriormente, «Granja de Moreruela», ya recopilado aquí, de *Teresa. Rimas de un poeta desconocido*, de 1924, nos traslada a una atmósfera medieval al hacernos partícipes de la visión de un monasterio y su claustro, siguiendo así la línea abierta en sus primeros poemarios. En este mismo libro encontramos el interesantísimo «Fray Bernardino de Aguilar», que rescata una pequeña leyenda de un monje de la orden de San Jerónimo, extraída de la *Historia de la orden de San Jerónimo*, escrita por José de Sigüenza en 1600 y reeditada en varias ocasiones (alguna de ellas, como la que citamos en la bibliografía, en fechas cercanas a la composición del poema). Los últimos dos poemas incluidos pertenecen a su *Romancero del destierro*, de 1928. El romance XVIII, «Voy contando los segundos...», incluye una pequeña alusión a Dante, cuya *Divina comedia* se había convertido en estos años en una importante fuente para los poetas del periodo, como demuestran otras muchas referencias en composiciones de la época que aquí hemos recogido (ver tablas). Es, sin duda, mucho más interesante el romance I, «Rey Alfonso, rey Alfonso...», puramente medieval, que relata diferentes detalles de la vida de Alfonso V el Africano, históricamente conocido por haber disputado el trono de Castilla a Isabel I (la Católica) tras su matrimonio con Juana la Beltraneja.

Granja de Moreluela¹²³

¿Quién sabe los misterios de la suerte?
¡Vivir! ¡Vivir!, ¿quién sabe qué es la vida?
Eterna escuela...
¿De qué? No más que de la muerte
que nunca olvida.
En esta Granja, aquí, de Moreruela,

123. Municipio de la provincia de Zamora famoso por albergar las ruinas del Monasterio de Santa María de Moreluela, de las que Unamuno nos habla en este poema.

ruinas soleadas hoy,
sueño en si hubiera sido otro que soy.

Sacudiendo el letargo
de la siesta monástica, un poema,
largo, muy largo,
escribir en las tardes del estío,
cuando el sol quema
los barbechos y deja seco el río,
un poema que abarca
con la muerte y la vida, tierra y cielo,
y en los descansos contemplar la charca
por las flores vestida.

¡Oh, si hubiera nacido en la Edad Media
a consumirse en la claustral acedia
mejor que en este tedio
para el que no hay remedio!

Mis creencias no son más que ruinas
a la luz de la luna,
ruinas en las que anidan las palomas
que suben a las lomas
y volando por cima la laguna
se miran en su espejo.

(en *Rosario de sonetos líricos a Teresa*, 1911-1924;
extraído de *Obras completas. Tomo XIV. Poesía II*, 1958, pp. 849-850)

Véase el capítulo XXVII del Libro Cuarto de la Segunda Parte de la Historia de la orden de San Jerónimo del P. M. Fr. José de Sigüenza, publicado primero en 1600¹²⁴.

Fray Bernardino de Aguilar, profeso
de la Murta jerónima,
al regazo del claustro pasó, preso
de amor, cantando en paz su vida anónima.

Al margen del afán de Barcelona
vivió Fran Bernardino,
y el Espíritu Santo fue en persona
quien le trazó con música el camino.

Su breve vida en el coro del templo
fue recogido idilio,
ante los ojos del Señor ejemplo
de la oscura humildad que da su auxilio.

A punto de morir, el manicordio
recorrió con las manos
y del cántico eterno el tierno exordio
cantó mientras lloraban sus hermanos.

*Quomodo cantábimus cánticum Dómini
in terra aliena...*

Y así Fray Bernardino de Aguilar
en su pecho estrujando dulce pena
pasó de este cantar a otro cantar...

124. La historia que Unamuno relata en este poema puede ser consultada de este volumen. Fray Bernardino, nos cuenta Sigüenza, «era de buena voz, acompañaba lo uno a lo otro, de tal suerte que cuando tañía, y cantaba al órgano en Missa, o en Vísperas, levantaba el alma de los que le oían en un gozo sobrenatural» (Sigüenza, 1907: 490). El episodio que rescata Unamuno se narra justo después de esta caracterización del monje: «El obediente siervo de Dios sin hacer cuenta del extremo de su mal, y teniendo bien hecha la de su alma, respondió con mucho aliento, *aparejado estoy padre, para hacer vuestro gusto en todo lo que mandáredes*, asentose en la cama y pidió el manicordio, comenzó a tañer y cantar con tanta suavidad que los puso en admiración. Él cantaba y tañía, y ellos derramaban lágrimas de devoción, comenzó el *Psalmo Super flumina Babylonis*. No parecía voz humana, porque penetraba las entrañas con el sentimiento que daba a la letra, llegó así con sus versos hasta el que dice, *Quomodo canábimus canticum Domini in térra aliena*; díjolo una vez, tornolo a repetir la segunda, y a la tercera alzó los ojos al cielo, y dando un suspiro de lo profundo del pecho, puestas las manos en la tecla, pasó de esta vida a la eterna, porque cantase el cantar del Señor en la tierra de los vivientes» (1907: 491).

Me fuiste en vida recatado claustro
me aguardas en la huesa;
y ahora, hoja seca que arrebató el austro,
me estoy muriendo cantando: "¡Teresa!".

(en *Teresa. Rimas de un poeta desconocido*, 1924;
extraído de *Obras completas. Tomo XIV. Poesía II*, 1958, pp. 425-426)

Romance I «Rey Alfonso, rey Alfonso...»¹²⁵

Rey Alfonso, rey Alfonso,
engendrado en agonía,
agónica a nuestra España
mantienes con tu injusticia.
Rey Alfonso el Africano,
el de la fatal divisa,
de tu corona el bateo
ve que de sangre destila.
Rey Alfonso, rey Alfonso,
rebojo de dinastía,
desecho de los Habsburgos
los de quijada fatídica,
ya no hay sangre que te valga
mas que te sea querida.
Te rodeaste de podencos
adiestrados en trailla,
dándoles carne de siervos
motejados de gallinas.
A los verdugos en jueces
erigiste en un mal día
cuando soñabas ¡Cuitado!
el imperio a la otra orilla.
A tus fieles consejeros
difamaste con mentiras,

125. Se refiere Unamuno a Alfonso V de Avis (1432-1481), rey de Portugal (9 de septiembre de 1438–10 de noviembre de 1477 / 15 de noviembre de 1477 – 29 de agosto de 1481). Es conocido como el Africano por sus campañas en Alcazarquivir, Tánger y Arcila. Unamuno lo considera un traidor por haber disputado el trono de Castilla a Isabel I tras su matrimonio con Juana la Beltraneja. La derrota en la batalla de Toro, en 1476, a manos de las tropas de su primo Fernando (a la postre el Católico) truncó las esperanzas de Alfonso V y de Juana la Beltraneja, pues tras el enfrentamiento, Isabel y Fernando convocaron cortes en Madrigal para reconocer a su hija Juana como heredera al trono.

palacio de la injusticia
hiciste de tu guarida.
Ni una verdad de tu boca
salió porque si decías
algo de cierto, lo cierto
era que no lo creías.
Te rechinaban los dientes
por dentro de la sonrisa
de esa tu boca entornada
que aire de tumba respira.
Rey Alfonso, rey Alfonso
de la cruzada maldita,
del perjurio fernandino,
de la negra pesadilla;
Rey Alfonso, rey Alfonso,
hay un Dios que nada olvida,
que te conoce el linaje
hay un Dios sobre la vida.

(*Romancero del destierro*, 1928;
extraído de *Romancero del destierro*, 1982, pp. 119-120)

Romance XVIII «Voy contando los segundos...»

Voy contando los segundos
del desvelo por la noche
con los golpes que en el pecho
me da el corazón; recoge
la ponzoña que me cría
en la sangre ya más pobre,
la afrenta con que mi España
en el silencio se esconde
soportando de tiranos
burlas e injurias soeces;
la más soez el tratarla
de buena chica, conforme,
de pupila resignada
con su oficio, no muy noble.
Mas cuando el sol fronterizo

me manda desde los montes
de la patria su saludo,
tras remachar eslabones
del rezo que es la cadena
de mi pensar, luego entonces
las páginas prietas
–¡qué de cosas me responden
de tu *Divina Comedia*,
Dante mío, tú, mi hombre,
compañero de infortunio
y de ensueños y razones!–.
Si es que te mostró el destierro
el Infierno desde el borde
de la vida, recibiste
los divinos resplandores
del Paraíso soñado
gracias al destierro, donde
la patria se hace celeste
limpiándose de su podre
de poder en servidumbre
y de ordenanza en rencores.
Mi España de tras el mundo,
duda que a Dios le corroe,
¡ay mi divina tragedia!,
eterno anhelo sin nombre,
desesperada esperanza,
sol que sin cesar se pone
en las finieblas, su madre,
la eternidad de la noche
sin estrellas y sin luna,
seno silencioso, enorme,
de abismático reposo
donde la inquietud se ahonde,
¡ay mi España !, el imposible
siempre más allá, el informe
sueño de un Tras Dios, la gana
de más que todo, del molde
de universos soñaderos
y del sueño mismo molde. . .

De querer tanto, mi España,
tu querer no tiene en dónde...

(*Romancero del destierro*, 1928;
extraído de *Romancero del destierro*, 1982, 145-146)